

# LIBROS

42

LETRAS LIBRES  
ENERO 2018

**María Moreno**

•BLACK OUT

**Stefano Mancuso**

•EL FUTURO ES VEGETAL

**Malcolm Lowry**

•RUMBO AL MAR BLANCO

**Carlos Marichal, Steven Topik y Zephyr Frank (coordinadores)**

•DE LA PLATA A LA COCAÍNA. CINCO SIGLOS DE HISTORIA ECONÓMICA DE AMÉRICA LATINA, 1500-2000

**Sergio Ramírez**

•ANTOLOGÍA PERSONAL. CINCUENTA AÑOS DE CUENTOS (1963-2013)

**Rachel Cusk**

•TRÁNSITO

**Fernando Savater**

•CONTRA EL SEPARATISMO

**Eduardo Mendoza**

•QUÉ ESTÁ PASANDO EN CATALUÑA

**Jordi Amat**

•LA CONJURA DE LOS IRRESPONSABLES



**MEMORIAS**

## Beber la vida



**María Moreno**  
**BLACK OUT**  
Barcelona,  
Literatura Random  
House, 2017, 414 pp.

### ALOMA RODRÍGUEZ

“Cuando una mujer bebe es como si bebiera un animal o un niño. El alcoholismo es escandaloso en una mujer, y una mujer alcohólica es rara, un asunto serio. Es un insulto a lo divino en nuestra naturaleza”, escribió Marguerite Duras en *La vida material* (1987). Como la escritora francesa, María Moreno es alcohólica, aunque ahora no beba. Duras dejó de beber a causa de una cirrosis. Dos años después escribió *El amante*, su novela más famosa y por la que obtuvo el Goncourt. Moreno ha dejado de beber en varias ocasiones, o al menos lo ha intentado, por eso sabe que puede recaer en cualquier

momento. “Dejé de beber porque no soporto que el placer se transforme en ‘no sufrimiento’”, escribe. *Black out*, su libro más reciente, es un híbrido que mezcla la crónica, las memorias, el diario, el perfil y el comentario literario y el hilo que lo une todo es el alcohol: los escritores de los que habla, cuya estética analiza con rigor, inteligencia y sensibilidad, son sus compañeros de borrachera casi continua; cuando habla de sus padres no es tanto para reconstruir su infancia sino para tratar de establecer un árbol genealógico del alcoholismo. Su hijo no aparece —apenas lo nombra en un par de ocasiones— porque no forma parte de esa genealogía ética.

El primer alcohólico de su vida es su padre, cuyo entierro se cuenta al comienzo del libro. Después del funeral, al que Moreno no asiste (pide a M., su amiga, que la suplante), Moreno viaja en lancha y en el muelle, y tras beber una botella de ginebra se lanza al agua a nadar. Al cabo de un rato, su amigo Gumier Maier, que la acompaña en el viaje, la llama preocupado. Moreno escribe: “Me gustaba la violencia de la sensación, el calor del alcohol en el interior del cuerpo. Ese grito lejano me advertía: yo ignoraba la resistencia de mi corazón, la desafiaba sin recordar mi edad y mi mal estado físico. La alegre irresponsabilidad, que desde afuera podía leerse como un gesto suicida, no tenía más sentido que una demostración de fuerza. [...] Nadaba *contra él*, para alejarme de su muerte y, aunque volví, me pareció que era otra y que esa otra nadaba y bebía.” La niña Moreno cree que los números que lee en los brazos de sus vecinos son tatuajes y pregunta sin pudor, su madre pide perdón. “No es un tatuaje”, le mienten, “Es mi número de teléfono. Tengo tan mala memoria”. Su

infancia se resume así: “Un mundo caliente de interrogantes me mostraba seres extraños que, por desgracia, casi siempre permanecían inaccesibles.” Casi tan importante como el primer trago es la primera regla, siempre irregular, siempre excesiva, siempre exagerada: Moreno padecía endometriosis, que le provocaba, además de dolor, hemorragias. Hay un paralelismo entre beber y sangrar, como si fueran la respuesta a la misma herida que no se ve pero que está. Aparecen también los y las amantes.

Duras, Graham Greene, Dorothy Parker, Scott Fitzgerald o Hemingway son algunos de los escritores alcohólicos ineludibles que aparecen como referentes lejanos. Pero sus compañeros, a los que retrata en las partes tituladas “Al otro lado de la puerta vaivén”, concebidas como “microensayos”, son Miguel Briante, Norberto Soares, Charlie Feiling y Claudio Uriarte, cuatro escritores y periodistas, los cuatro ya muertos, sus compañeros de borrachera, de estética y de profesión. Por eso Moreno ha dicho que, en parte, *Black out* es un libro de duelo, “pero no melancólico, porque yo no los extraño, los recuerdo. Tal vez sea el libro de mi vejez”, añade. El libro comenzó como un relato confesional para una revista, se llamó “La pasarela del alcohol” y a partir de ahí fue creciendo. Como ha escrito Ana Fornaro, “se extiende como uno de los estribillos de *Black out*, un libro inclasificable que funciona como ensayo total y fragmentario sobre la literatura argentina y como tributo desmitificador a sus amigos-escritores muertos, un compendio de memorias propias y colectivas”. En ese recorrido por la literatura argentina aparecen, claro, el *Martín Fierro*, *El matadero* y *Facundo*, pero también

Roberto Arlt, Ricardo Piglia, Borges o Alan Pauls. “La historia de la literatura argentina puede leerse como una tensión en torno al alcohol”, ha dicho María Moreno, y en su libro queda más que demostrado. El libro está lleno de referencias (escritores, bares, calles, barrios de Buenos Aires, El Tigre, pero también las películas de Leonardo Flavio, las canciones, el peronismo, Alfonsín, los militares... la historia reciente de su país está contenida en la obra) que aunque puedan resultar lejanas al lector no familiarizado con la cultura argentina no obstaculizan la lectura.

*Black out* es un libro implacable y sobrecogedor, escrito con inteligencia y emoción, en el que hay sitio para todo: lo íntimo, lo colectivo, la literatura, el amor y en el que siempre está el alcohol. No hay auto-complacencia ni santificación de los amigos muertos, tampoco nostalgia de lo vivido ni de épocas anteriores, hay borrachera de referencias y de contexto y una sensación de que a pesar del alcohol María Moreno sabe en qué mundo vive más que nadie. Escribe: “Todo alcohólico ignora en qué momento exacto pasó de ser Dr. Jekyll para convertirse en Mr. Hyde. Pero mientras escribo esta frase de conversa, soy consciente de que, como todo alcohólico, soy incapaz de sostener mis palabras con mis actos y eso, lejos de avergonzarme me provoca un vago orgullo o una pacífica indiferencia.” Al principio del libro, Moreno cuenta lo que se lee como un chiste de borrachos sobre un hombre que lleva una jaula vacía donde, dice, tiene una mangosta para que se coma las víboras del *delirium tremens*. Una mujer le dice que esas no son culebras verdaderas y el hombre responde que su mangosta tampoco lo es. Como afirma Moreno al final,

*Black out* es su mangosta. Pero la suya sí es real y no necesita jaula. —

**ALOMA RODRÍGUEZ** (Zaragoza, 1983) es escritora. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



## ENSAYO

### Fotosíntesis divulgativa



**Stefano Mancuso**  
**EL FUTURO ES VEGETAL**  
Traducción de David Paradelo López  
Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, 237 pp.

### JORGE CARRIÓN

En el proceso de la fotosíntesis lo inorgánico se vuelve orgánico gracias al poder de la luz. Una magia equivalente, en el ámbito de la divulgación científica, logra el italiano Stefano Mancuso —uno de los máximos expertos mundiales en neurobiología vegetal— en su nuevo libro, *El futuro es vegetal*. Se trata de abordar un ingeniente material botánico, histórico, técnico y tecnológico para transformarlo en un manual de instrucciones para enfrentarnos a algunas de las claves de nuestro futuro. Una síntesis con capacidad de iluminar.

Los lectores en español ya conocíamos a Mancuso por dos libritos también publicados por Galaxia Gutenberg, ambos escritos en colaboración: *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal* (con Alessandra Viola, 2015), una introducción a lo que se sabe sobre los modos en que las plantas perciben el mundo y reaccionan en consonancia, y *Biodiversos* (con Carlo Petrini, 2016), una conversación sobre la comida, la lentitud y otros

problemas de la relación entre los humanos y el reino vegetal. El paso o más bien salto entre ambos títulos y *El futuro es vegetal* es con bota de siete leguas. Estamos ante una obra de divulgación importante, que combina en equilibrio la historia de la ciencia (esa genealogía de hombres enamorados de las plantas de la que Mancuso se siente eslabón), el rigor expositivo en los experimentos y los descubrimientos del presente y los frentes abiertos del porvenir. Todo ello siempre contado desde la experiencia personal, amable, simpática, por momentos incluso divertida. Los datos son canalizados a través de una potente estrategia de *storytelling*. El científico de alto nivel se gradúa como escritor.

Por eso el libro es tan seductor y sugerente: su narrativa, en la que cada capítulo se lee como un cuento, nos conduce a la *bioinspiración*. Momentos de la vida o procesos creativos de Leonardo, de Darwin o del propio Mancuso nos ayudan a entrar en un argumentario donde experimentos de la Agencia Espacial Europea, el MIT o el propio Laboratorio Internacional de Neurobiología Vegetal que dirige Mancuso en Florencia van conduciendo a proyectos de robótica, arquitectura o producción de alimentos que podrían ser la respuesta más inteligente a algunos de los problemas cruciales a los que se enfrenta la sociedad humana. En la adaptación de los cactus a la ausencia de agua, el alucinante diseño de la *Victoria amazonica*, las tácticas de seducción y de mimesis de tantas especies vegetales o la estructura en red, sin órganos centrales, de los árboles Mancuso y sus colegas ven modelos que han creado algunos de los proyectos más estimulantes de la historia reciente de la humanidad.

*El futuro es vegetal* parte de una premisa más o menos explícita: desde siempre hemos ideado inventos, estructuras o políticas inspiradas en nuestro propio cuerpo y en el del resto de los animales. La cuchara es una mano en miniatura, el cuchillo imita la dentadura, la excavadora exagera un brazo, los coches tienen cuatro ruedas como los animales tienen cuatro patas, y pensamos las ciudades o las instituciones con cerebros únicos y estructuras jerárquicas. Estaríamos en un cambio fundamental en nuestra historia, en el que lo animal dejaría paso a lo vegetal como centro bioinspirador. Las plantas son más colonias que individuos. Son mucho más colaborativas y mucho más adaptativas que los animales. Por su aparente lentitud, que no está sincronizada con nuestra velocidad, parecen actores secundarios del planeta, cuando lo cierto es que son los testigos que nos permiten remontarnos a los primeros tiempos de la vida en la tierra. En su memoria hay parte de la nuestra. Estamos empezando a tener acceso a la conciencia que nos permitirá —si somos realmente sensibles e inteligentes— imitar sus formas de encarar los retos para garantizar nuestra existencia de calidad a largo plazo.

Como la investigadora Hope Jahren, cuya *memoir Lab girl* (traducida por Paidós en 2017 como *La memoria secreta de las hojas*) se puede leer como un relato complementario del que proponen *Inteligencia y sensibilidad en el mundo vegetal* y *El futuro es vegetal*, Mancuso nos está obligando a pensar el Antropoceno desde una perspectiva verde. Leyéndolo tenemos el privilegio de ser testigos de la conexión en directo entre la gran tradición de los jardines botánicos y el nervio experimental del presente. Cuando

habla de esos días de 1896, pocos meses después de la invención del cine, cuando Wilhelm Friedrich Philipp Pfeffer hizo la primera filmación en *time lapse*, precisamente para captar el movimiento del reino vegetal, y nos traslada a renglón seguido a cómo en pleno siglo XXI llevan a cabo un proyecto para desarrollar sondas espaciales capaces de enviar información desde el suelo de la Luna o Marte, sientes como lector el vértigo y la emoción de estar acompañando en su itinerario intelectual a un gran hombre, que te abre humildemente las puertas de su laboratorio. —

**JORGE CARRIÓN** (Tarragona, 1976) es escritor. Su libro más reciente es *Barcelona. Libro de los pasajes* (Galaxia Gutenberg, 2017).



## NOVELA

### Un buque de gran calado



**Malcolm Lowry**  
**RUMBO AL MAR BLANCO**  
Traducción de Ignacio Villaro  
Barcelona, Malpaso, 2017, 352 pp.

## REBECA GARCÍA NIETO

Las novelas de Malcolm Lowry son como el ave fénix. La tendencia destructiva que caracterizó al autor parece ser extensiva a sus obras; por suerte, ellas sobrevivieron: aunque estuvieron a punto de ser destruidas en varias ocasiones, siempre acabaron salvándose en el último momento. En 1944, la segunda esposa de Lowry, Margerie Bonner, rescató *Bajo el volcán* de las llamas durante el incendio que calcinó la cabaña donde vivían. El otro

manuscrito en el que llevaba una década trabajando, en cambio, no se salvó de la quema. Sin embargo, cuando ya se le daba por perdido, se las ingenió para resurgir de sus cenizas. Al parecer, el escritor había entregado una copia a la madre de su primera esposa, Jan Gabrial, antes de partir a México. Este manuscrito, del que no se ha sabido nada hasta hace unos años, ha sido publicado en España por Malpaso.

El hecho de que se trate de una novela inacabada hace que podamos divagar hasta el infinito sobre cómo sería si Lowry hubiera seguido trabajando en ella. Nunca sabremos si habría retocado la proa o habría recortado algunos metros de eslora (cosa que, seguramente, no le habría venido mal); lo que está claro es que el barco, tal y como está, se mantiene a flote. En buena parte de *Rumbo al Mar Blanco*, la prosa de Lowry está a la altura de sus grandes obras. Además, el hecho de que esté inacabada tiene también su interés, pues nos permite ver la pugna entre una novela y su autor. Decía Milorad Pavić que el escritor que resulta ser más sabio que su cuento se ha equivocado de oficio. En este sentido, la obra debe saber algo más que su autor. Por así decirlo, marcha un poco por delante de él. Esto es más cierto que nunca en el caso de Lowry, cuya tendencia a no terminar los poemas afectaba incluso a los que daba por terminados. Según el poeta Brad Leithauser, hay algo de inacabado en los versos de Lowry: quienes admiran su poesía “se sienten fascinados por algo no realizado, algo en ellos que-no-está-del-todo-allí”. Algo similar podría decirse de esta misteriosa novela que sigue la estela de otros grandes barcos, como el Pequod, de *Moby Dick*.

En el arranque de *Rumbo al Mar Blanco*, los hermanos Tarnmoor, Sigbjørn y Tor, contemplan Cambridge desde Castle Hill, la colina donde en el pasado se ejecutaba a los reos por ahorcamiento. Mientras conversan, se enteran de que uno de los barcos de la naviera de su padre (el segundo en unas pocas semanas) se ha hundido. Sobre ellos planea la sombra de Caín y Abel, el mito del doble y, sobre todo, la sombra de la tragedia. Los hermanos están unidos frente al drama familiar (su padre es objeto de una investigación y ellos se sitúan en el centro de las habladurías); sin embargo, muchas cosas los separan, entre ellas, una mujer.

Las múltiples referencias literarias, filosóficas y citas bíblicas lastran a veces la lectura (se agradecen en este sentido las notas al pie, imprescindibles para no desorientarse). Por suerte, el hecho de que Lowry fuese un poeta impide que el barco se hunda bajo su propio peso. Algunos de los pasajes más poderosos de *Bajo el volcán* fueron versos en un primer momento. También aquí nos encontramos con una potente prosa poética. Algunas escenas son de una belleza perturbadora, a la Rilke, donde lo hermoso emerge de lo siniestro. Así, se dice que “a Sigbjørn se le antojó que aquella escena en que el mar se confundía con el cielo era como la vida misma, que todo lo puede, todo lo corroe” o que “Cada alma debe conocer su propio Getsemaní.”

Quizá la principal crítica que se le puede hacer a la novela es que los personajes no parezcan de carne y hueso, sino de papel. En su defensa, Lowry siempre dijo que no intentaba crear personajes en el sentido habitual y que, en el caso de *Bajo el volcán*, estos eran meros esbozos, ya que los cuatro protagonistas eran

en realidad aspectos del mismo hombre. En *Rumbo al Mar Blanco*, los propios personajes parecen ser conscientes de su peculiaridad: “Ninguno de nosotros es real, ninguno tiene sustancia; nos fundimos el uno en el otro; somos falsos, cosas falsas, fárragos falsos, batiburrillos de viejas citas y experiencias de segunda mano” y, en otro punto, “Soy tan ignorante como ese campesino, o mucho más, porque yo solo dispongo de conocimientos inútiles, finales de citas, epigramas ajenos, párrafos plagiados en que apoyarme.”

No obstante, pese a estar hechos de papel, no se vuelan. Y no lo hacen porque están bien anclados a la historia que cuentan. En *Rumbo al Mar Blanco* hay una correspondencia casi perfecta entre el fondo y la forma. El protagonista, Sigbjørn, planea escribir un libro sobre su experiencia en el mar, pero descubre que el libro que quería escribir ya ha sido escrito por otro “si bien con más belleza e intensidad”. Es más, Sigbjørn tiene la sensación de que el escritor noruego William Erikson, trasunto de Nordahl Grieg, no solo ha escrito su libro, sino que también está escribiendo su vida: “Y no es que le tenga envidia, es solo que tengo la impresión de ser su personaje... No, su personaje no: de ser Erikson...”

La parte más interesante de la novela es precisamente la que recoge las cartas que Sigbjørn escribió, y no envió, a Erikson: “Su libro destruyó completamente mi identidad, tan próximo estaba a mi experiencia personal, tanto en los hechos como en mi propio libro, que casi empiezo a creer que yo sea Benjamin Wallae, su personaje.” Esta correspondencia toma como modelo la que mantuvieron Herman Melville y Nathaniel Hawthorne, y las cartas

que el propio Lowry escribió y no envió a Nordahl Grieg, cuya novela *The ship sails on* ejerció un fuerte influjo sobre él (de hecho, llegó a afirmar que su libro *Ultramarina* tenía mucho de “paráfrasis, plagio o pastiche” de la novela de Grieg).

Tras esta correspondencia con Erikson, su padre literario, asistimos a una interesante conversación entre Sigbjørn y su padre “real”. Al igual que ocurría en la conversación con su hermano, es inevitable preguntarse si cuando hablan de barcos y travesías no están hablando en realidad de sí mismos. Los personajes dicen ser espectadores de su propio naufragio y nos hacen partícipes de ese espectáculo. “¿Qué aprendemos de barcos que encallan sin motivo? [...] ¿Qué ha podido provocar dos desastres así?”, se preguntan. “Dios no explica que se hundiera otro de nuestros barcos después del *Thorstein*, ni tampoco explica lo del *Thorstein* si vamos al caso...” En definitiva, ¿a merced de quién estamos?, parecen preguntarse, ¿quién escribe en verdad nuestras tragedias? Como cabía esperar, el inédito de Lowry es un buque de gran calado que se

adentra sin miedo en las profundidades del alma humana. —

**REBECA GARCÍA NIETO** es escritora. Su novela más reciente es *Las siete vidas del cangrejo* (Editorial Alegría, 2016).



## HISTORIA

### Cadenas de mercancías



**Carlos Marichal, Steven Topik y Zephyr Frank (coordinadores)**  
**DE LA PLATA A LA COCAÍNA. CINCO SIGLOS DE HISTORIA ECONÓMICA DE AMÉRICA LATINA, 1500-2000**  
Ciudad de México, FCE/El Colegio de México, 2017, 526 pp.

#### RAFAEL ROJAS

Carlos Marichal, historiador que se mueve con la misma soltura dentro de la historia económica y la historia intelectual, ha compilado con Steven Topik, de UCLA, y Zephyr Frank, de la Universidad de Stanford, un libro muy disfrutable. No es esta una historia económica más de América Latina, atiborrada de cuadros estadísticos y gráficos de curvas, sino una historia que narra una trama cautivante: la de los circuitos comerciales de los productos latinoamericanos mejor cotizados en el mercado global y la de la cultura del consumo que cada mercancía difundió a través del Atlántico o el Pacífico.

Doce mercancías, doce tesoros latinoamericanos en el lapso de cinco siglos: la plata, el índigo, la grana cochinilla, el tabaco, el café, el azúcar, el cacao, el plátano, el guano, el caucho, el henequén y la cocaína. Uno de los mensajes más poderosos de este libro es que algunas dinámicas que asociamos al

fenómeno de la globalización, como la transferencia de tecnología o la universalización de hábitos de consumo son tan antiguas como los viajes de Cristóbal Colón a las Indias.

Las reservas naturales de esos productos han tenido siempre una procedencia regional o localizada dentro de América Latina. La plata provenía, fundamentalmente, de Zacatecas y Guanajuato en la Nueva España y del Potosí en el Alto Perú. El azúcar conformó el sistema de plantación esclavista en las islas antillanas y del Caribe hispano. El café se reprodujo en las montañas de Brasil, Colombia y Costa Rica. El caucho en toda la zona amazónica, el guano en Perú, el plátano en Centroamérica y el Caribe continental y la cocaína en Bolivia, Ecuador y Colombia.

A esa cartografía corresponden ciclos o “fiebres”, en los últimos cinco siglos, que se delimitan cronológicamente de acuerdo con las subidas y bajadas de los productos en el comercio mundial. Entre los siglos XVI y XVIII casi todas aquellas mercancías se producían y cruzaban ambos océanos, pero la plata y el oro hegemonizaban el mercado por su función monetaria. En las dos últimas centurias, el azúcar o la cocaína alcanzaron mayores valores en el comercio internacional. En muchos casos, el acceso de aquellos productos al mercado global estuvo precedido o acompañado por el contrabando.

Existe una visión ideológica de la historia del comercio en América Latina, personificada por *Las venas abiertas de América Latina* (1971), de Eduardo Galeano, que entiende aquel trueque de recursos naturales por manufacturas como saqueo. La historia que cuenta este libro es muy distinta: gracias al comercio, el chocolate, lujo de nobles



mexicas, se convirtió en producto de masas; la cochinilla dio color no solo a los lujosos tapices de la aristocracia europea sino a la propia vestimenta popular latinoamericana y africana; el caucho de los árboles de hule de la Amazonia, cuya producción se basó en el sufrimiento de los *seringueiros*, terminó en millones de llantas de bicicletas, antes de que Malasia, Indonesia y Tailandia pasaran a liderar la producción mundial.

El relato histórico del comercio como despojo no carece de sentido, sobre todo si remite a formas despiadadas de explotación del trabajo como las de las plantaciones azucareras en Cuba, las haciendas henequeneras en Yucatán o las compañías bananeras en Colombia y Panamá. Pero los autores de este volumen insisten en que, además de desigual, el desarrollo del comercio latinoamericano fue “combinado” y no dejó de reportar ventajas comparativas a los nacientes estados nacionales de la región. La universalización del consumo de materias primas latinoamericanas, procesadas por industrias europeas o norteamericanas, también impulsó la modernización de los países exportadores.

A través del concepto de “cadenas de mercancías”, Marichal, Topik y Frank proponen rebasar los enfoques analíticos tradicionales, instalados en la tensión “centro-periferia”. De acuerdo con esta perspectiva, más atenta a los flujos y reflujos de mercancías, técnicas y capitales, y a la expansión del consumo, “se deja de asumir *a priori* que la producción y distribución de las ganancias del comercio de materias primas y productos primarios es simplemente la función de una relación del centro hacia la periferia”. Y concluyen: “el mercado

mundial no es *uno solo*, sino que existen miríadas de mercados, a menudo fragmentados, y que, en realidad, la misma materia prima o mercancía en cuestión puede pertenecer a numerosas cadenas, dependiendo de su uso final o su destino”.

El capítulo de Marcelo Bucheli e Ian Read sobre la United Fruit Company y el comercio del plátano, convertido en tópico literario por Miguel Ángel Asturias, Gabriel García Márquez y Pablo Neruda, es, en este sentido, ejemplar. Los autores observan que justo cuando el negocio bananero llega a su máximo rendimiento, en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, la demanda de consumo genera una presión antimonopólica que culmina con la apertura de la industria del plátano. El juicio antitrust contra la United Fruit Company se inició en 1955, al año siguiente del derrocamiento de Jacobo Árbenz en Guatemala, organizado por la CIA.

Bucheli y Read confirman la terrible evidencia de que “la economía exportadora bananera no hizo rico a ninguno de los países productores de plátano”. Pero no dudan en suscribir la tesis de Victor Bulmer-Thomas de que la especialización en la exportación no es necesariamente retardataria del desarrollo, si los gobiernos y las empresas nacionales saben aprovechar las utilidades de la venta de materias primas. Hay en todo este libro un intento soterrado de rebasar la dicotomía teórica entre neoclásicos y dependentistas que valdría la pena hacer más explícito, al menos, entre historiadores. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York* (FCE, 2016).

## CUENTO

### Crónica íntima de Nicaragua



**Sergio Ramírez**  
ANTOLOGÍA  
PERSONAL.  
CINCUENTA AÑOS DE  
CUENTOS (1963-2013)  
Ciudad de México,  
Océano, 2017, 308 pp.

### PEDRO ÁNGEL PALOU

La fidelidad que el flamante Premio Cervantes, Sergio Ramírez (Masatepe, 1942), tiene por el género del cuento puede constatar en el voluminoso *Cuentos completos*, editado por el Fondo de Cultura Económica en 2013, y ahora en esta cuidada selección de Océano. Me acerqué a los cuentos de Ramírez de la mano de Miguel Donoso Pareja, el legendario maestro, quien nos dio a leer los dos tomos de su antología para la imprescindible colección *SepSetentas, Prosa joven de la América Hispánica*. En ella se encontraban dos cuentos de Sergio Ramírez: “Charles Atlas nunca muere” y “A Jackie, con nuestro corazón”. En ambos textos su autor se instalaba con maestría en los temas y la mirada que en su obra posterior se volverán marca de casa: un retrato sentimental pero nunca sensiblero de Nicaragua, una crónica de lo sucedido en el espacio imaginario de algunos de sus personajes más conspicuos, por más comunes, como un soldado, un tipógrafo que se vuelve adivino, un joven aprendiz de periodista; y la mirada que tienen esos personajes de un país sin tiempo, o con el tiempo muerto de las dictaduras. Esta nueva selección de sus cuentos nos brinda la oportunidad de revisar la narrativa breve de Sergio Ramírez en su octava década de vida.

¿El cuento es un género de excepción, como la poesía? ¿El cuentista trabaja con la forma, con el canon, y acaso halla a lo largo de su vida uno o dos textos capaces de entrar en una hipotética antología universal? Si es así tres de los cuentos de este libro merecen ese pedestal, los ya referidos “Charles Atlas nunca muere” y “A Jackie, con nuestro corazón”, a los que añadiría “El centerfielder”. Pero el cuento, ese género tan complejo, no puede ser solo búsqueda y fugaz encuentro. De allí que Ramírez explore en esta selección las distintas formas del relato breve: la fábula, la minificción, la parodia satírica del tratado medieval, el cuento clásico —à la Chéjov, uno de sus maestros—. En recientes entrevistas Ramírez ha insistido en que su empeño ha sido ser un *cronista* de su país. El cuento —las diversas formas del género— le ha permitido, con toda seguridad, hacer una crónica sentimental de lo que es ser nicaragüense, latinoamericano, en la segunda mitad del siglo xx y lo que va del xxi. Puede pensarse que la declaración de nuestro autor es solo una muestra de humildad, pero creo entrever que se trata, también, de un intento de conducir la lectura posterior de su obra. No es un autor del *boom* —aunque algunos críticos, y a veces él mismo, lo llamen hermano menor de esa generación de narradores—, estaría más cercano a José Emilio Pacheco o Manuel Puig. Y este último me permite penetrar en lo que creo que es la constante de los cuentos de Ramírez: un uso ejemplar de lo popular (el cine mexicano, el box, el fútbol, el beisbol, las historietas populares e incluso la radionovela). Allí donde el autor de *Boquitas pintadas* utiliza los recursos estilísticos de los géneros que retrabaja, Sergio Ramírez se apoya en el sentimentalismo y sus representaciones.

Más preocupado por el alma de sus personajes que por piruetas de estilo, lo que discursivamente utiliza Ramírez es el periodismo local, la crónica de sociales, la crónica política que nos instala en el mundo de León o de Granada, de las zonas populares de Managua. Lo que le permite, sin embargo, ir más allá de la parodia o del uso provechoso de un lenguaje y sus convenciones estilísticas, es que hay una intención de fondo que podríamos llamar moral, en el sentido de costumbre: ¿cómo revelar las costumbres de unos seres que vienen de la miseria, de la pobreza, de la clase apenas media en algunos casos, para quienes el adulterio, la estafa, pero también la convicción y el optimismo, son sus únicas monedas de cambio?

El especial *jubileo* que representa esta antología personal implica también, para el lector, la oportunidad de ir de ese juvenil libro titulado con el género —¿en símbolo de respeto?— *Cuentos* (1963) a *Flores oscuras* (2013). Solo un cuento de ese libro inicial (“Felis Concóloris”) ha merecido conservarse, en cambio hay cuatro de su colección más reciente: “La puerta falsa”, “La colina 155”, “No me vayan a haber dejado solo” (una joya en sí mismo) y “Flores oscuras”. ¿Por qué el autor es implacable con el joven aspirante y en cambio magnánimo con su última producción? ¿Por qué no incluyó el otro cuento que, a mi parecer, podría rivalizar con los tres de aquella hipotética antología universal que mencioné al principio (“Catalina y Catalina”, del libro homónimo de 2001) y en su lugar colocó dos que, en mi opinión, no están a la altura (“Shakira y La Mosca” y “La suerte es como el viento”)? Me parece que la razón es el afán de hacer de esta antología un libro representativo de su obra,

más que una selección marcada por el puro rigor.

Sin embargo, tenemos en dos de los textos de *De tropes y tropelías* (1971), “De las propiedades del sueño (i)” y “De la afición a las bestias de silla”, muestra de uno de los libros más olvidados y más necesarios de Sergio Ramírez. El equivalente nicaragüense a *La feria*, de Juan José Arreola, como ha observado el crítico Daniel Chávez, cuyo libro sobre Ramírez se publicará este año en la editorial universitaria de Purdue.

Siempre puede haber cierto capricho en el placer del antologador de cercenarse y de perdonarse y eso hace quizá también más interesante un libro como este, pues muestra cómo se lee quien escribe, desde dónde se lee, también. Creo entonces que Sergio Ramírez se lee desde el longevo cronista de su pueblo. De allí que en esta recopilación pondere ese rasgo de su obra breve. Es también sumamente esclarecedor el prólogo en el que insiste en que hay solo unos cuantos temas para lo literario y que se cuentan con los dedos de una mano. Que las narraciones son semillas envenenadas que viajan por el tiempo sembrando esos temas: el amor, la locura, la muerte y el poder (que es la locura máxima). El abuelo de Sergio Ramírez era un ebanista laborioso y paciente. De él conserva la mesa en la que trabaja, en la que descansan su computadora, los libros que consulta y sus libretas de apuntes. Esa mesa le recuerda siempre todo lo que de fábrica, de artificio, tiene el acto de narrar. Pero también la paciencia y el oficio que va de escoger el árbol a ensamblar, lijar, pulir y barnizar. El adolescente que mandó un día un cuento a escondidas a *La Prensa Literaria* —el suplemento dirigido por Pablo Antonio Cuadra— que parecía una versión de Masatepe de una

tradición folclórica, el que leyó a los doce años un cuento en la Radio Mundial, ha pasado ya los años de madurez literaria. Sin embargo, a nosotros, sus lectores, nos queda la esperanza de que aún no se jubile (si es que cincuenta, *jubileo*, significa el franco retiro) y que mientras sigue publicando su saga policiaca con el expolicia Dolores Morales, nos regale al menos un nuevo libro de cuentos. Es en este género en el que mejor cumple su minucioso y humilde trabajo de cronista, quizá la más impecable de las labores. —

**PEDRO ÁNGEL PALOU** es escritor. En 2017, Planeta reeditó *En la alcoba del mundo*, su novela sobre Xavier Villaurrutia.



## NOVELA

### La honestidad brutal de Rachel Cusk



**Rachel Cusk**  
**TRÁNSITO**  
Traducción de Marta Alcaraz  
Barcelona, Libros del Asteroide, 2017,  
224 pp.

## CARMEN LÓPEZ

Si se tiene en cuenta el número de titulares que Rachel Cusk (Canadá, 1967) ha protagonizado en Reino Unido y que tiene varias novelas en el mercado español resulta muy extraño que su popularidad no haya cruzado el Canal de la Mancha. De hecho, no tiene página de Wikipedia en castellano, un medidor de popularidad determinante en los tiempos que corren, aunque quizá ahora que la editorial Libros del Asteroide acaba de sacar a la venta su novela *Tránsito* alguien se decida a escribirla. Este es el segundo volumen de una

trilogía que comenzó con *A contraluz* (publicada por la misma editorial en 2016 y también traducida por Marta Alcaraz) y que seguirá con un tercer libro ya en marcha, *Kudos*.

Ganadora de numerosos premios y autora de una vasta obra, no llegó al público masivo hasta el 2001 con su libro *A life's work: On becoming a mother*. Escrito pocos meses después del nacimiento de su primera hija y mientras estaba embarazada de la segunda, no escatima en detalles sobre las consecuencias negativas de convertirse en madre. Incluso llega a sentenciar: “A veces pienso que la gente no tendría hijos si supiera lo que es.”

Manos a la cabeza y gritos en el cielo. Su publicación causó una avalancha de críticas ardientes. Positivas y negativas, pero no moderadas, tanto por parte de los medios como por la de muchas madres que se sintieron ofendidas. Aunque por entonces algunas autoras como Naomi Wolf ya habían publicado reflexiones en la línea en libros como *Misconceptions*, el tema del desengaño con la maternidad era un tabú todavía mayor que ahora, cuando ya se han publicado títulos como *Madres arrepentidas* de Orna Donath (que tampoco ha estado exento de controversia, aunque menos escandalosa). Recibió tantos comentarios, tantas llamadas e hizo tantas entrevistas sobre el tema que incluso escribió un artículo en *The Guardian* titulado “Solo estaba siendo sincera”.

Once años y varias novelas después, volvió a meterse en terreno pantanoso al narrar los detalles de su divorcio con el que fue su segundo marido y padre de sus dos hijas, el fotógrafo Adrian Clarke. *Aftermath: On marriage and separation* (2012) cuenta el proceso desde el estricto punto de vista de la escritora que, a ojos de una gran parte de los lectores y la crítica,

queda como una narcisista redomada. Se niega a la custodia compartida o a pagarle una pensión de manutención a su marido, que había dejado de lado su trabajo como abogado de derechos civiles para cuidar de las hijas. Si en su país de residencia ya se la consideraba mala progenitora, ahora, además, es una mala persona.

Lo cierto es que, aunque Cusk no se esperase una respuesta tan virulenta, estos dos libros de memorias eran potencialmente controvertidos. Pero la autora la genera incluso con escritos al parecer amables como el libro de viajes *The last supper: A summer in Italy* (2009), basado en unas vacaciones en la Toscana con su familia (momentos en apariencia felices antes de la ruptura tres años después). Una pareja se reconoció en unos de los personajes y la editorial decidió retirar el libro del mercado por la denuncia de violación de privacidad. La escritora tuvo que hacerse cargo de la mitad de los gastos.

Posiblemente haya tenido más cuidado a la hora de escribir su aún no cerrada trilogía, aunque no sería tan raro que alguien se encontrase entre los personajes que guían los libros. Porque en pos de la innovación, la escritora estructura la novela de manera que la protagonista solo es una depositaria de los testimonios de las personas que hacen incursión en su vida. Su historia se va contando a través de las vivencias de otros, que la dirigen de un sitio a otro, física y emocionalmente.

A quien no es difícil de identificar en las páginas es a ella misma, que recientemente declaró: “considero, cada vez más, que la autobiografía es la única forma en todas las artes”. La protagonista es una escritora con dos hijos que acaba de divorciarse. En *A contraluz*, viaja a Atenas a dar un curso de escritura y en *Tránsito* se instala en Londres con los niños



mientras empieza a recomponer su vida. Es evidente que la manera de ser de la narradora coincide con la de Cusk. No tiene demasiados miramientos a la hora de expresar sus opiniones, aunque pueda contrariar a su interlocutor. Al fin y al cabo, como la propia escritora dijo en una entrevista al diario *Telegraph*, “Si quieres gustar a la gente, no escribas.” —

**CARMEN LÓPEZ** es periodista y crítica literaria.



## ENSAYO

### Noticias de Cataluña



**Fernando Savater**  
**CONTRA EL SEPARATISMO**  
Barcelona, Ariel,  
2017, 96 pp.



**Eduardo Mendoza**  
**QUÉ ESTÁ PASANDO EN CATALUÑA**  
Barcelona, Seix Barral,  
2017, 96 pp.



**Jordi Amat**  
**LA CONJURA DE LOS IRRESPONSABLES**  
Traducción de Isabel Obiols  
Barcelona, Nuevos Cuadernos Anagrama,  
2017, 112 pp.

### DANIEL GASCÓN

La aventura ilegal de las autoridades catalanas que culminó en octubre de 2017 ha generado angustia social, incertidumbre política y pérdidas económicas, y ha visibilizado una fractura en la sociedad catalana. Ha producido una voluminosa cantidad de literatura en la prensa en

papel y digital. También en libros, como tres obras recientes que, partiendo de una visión crítica con el *procés*, abordan el asunto desde ángulos muy distintos.

En el prólogo de *Contra el separatismo*, Fernando Savater advierte al lector de que lo que va a leer es un panfleto. Cita la definición del DRAE —“Libelo difamatorio. Opúsculo de carácter agresivo”— y afirma que quiere acercarse más a la segunda acepción, pero admite que puede haber bastante de la primera. A su juicio, aunque todo nacionalismo participa de “la moral del pedo”, en palabras de Sánchez Ferlosio, puede ser relativamente inofensivo y ridículo, pero el separatismo aspira a la ruptura de la convivencia.

Savater alerta de la aceptación acrítica del lenguaje de los secesionistas, que les da la razón de entrada aunque pretenda quitársela, y desconfía de modificaciones constitucionales que pretendan acomodar a quienes no quieren sentirse cómodos. Defiende la importancia de una educación común. Señala siete elementos negativos del secesionismo: es antidemocrático (convocantes y participantes carecían de competencia para decidir por sí solos lo que era de todos), es retrógrado (al basar la ciudadanía en el terruño, la identidad étnica, la lengua única), es antisocial, perjudica la economía, desestabiliza, produce amargura y frustración y supone un precedente peligroso. En textos más breves aborda otros elementos del asunto: emparenta el combate contra el separatismo con el combate contra ETA y el nacionalismo que se beneficiaba de su violencia, critica la actitud reticente y casi de *free rider* de cierta izquierda hacia la idea de una España democrática (“la izquierda me molesta por lo que hace, la derecha me molesta por lo que es”, le dijo

Savater a Jonás Trueba en una entrevista en *Letras Libres*), escribe sobre la actuación policial el 1-O y su uso propagandístico. Argumenta que, aunque el *procés* haya sido un movimiento no violento, no es exacto llamarlo pacífico.

Como en buena parte de la obra y del activismo de Savater, la crítica es sobre todo una defensa de la ciudadanía. El filósofo recuerda que “La ciudadanía democrática moderna no la da el terruño en que se vive, ni los apellidos de raigambre local, ni la apelación a leyendas ancestrales que sustituyen a la historia efectiva con sus fantasías, sino la aceptación de una ley común establecida por todos los ciudadanos constituidos como cuerpo político abstracto, que establece una base de derechos y deberes iguales a partir de la cual cada uno puede buscar su propio perfil de identidad.” Muchos de los argumentos son conocidos, y es dudoso que funcionen para un lector que no sea de entrada favorable a sus tesis, pero los expresa con fuerza e inteligencia, y la realidad se empeña en demostrar que son una lección básica que nunca repasamos las veces suficientes.

Si Savater ha participado en muchos de los debates centrales de la España de las últimas décadas, Eduardo Mendoza ha sido una figura muy diferente. A diferencia de otros narradores españoles, y a pesar de que ha publicado artículos de opinión, no es un autor que se haya prodigado en ese terreno. Cuando lo ha hecho, ha sido a menudo fino e irónico.

Esas dos cualidades están también en *Qué está pasando en Cataluña*, un libro breve y humilde que intenta dar algunas claves de contexto, con un tono educado que camufla su iconoclastia. Mendoza dice sentirse igualmente alejado del nacionalismo

catalán y del español, pero habla más del primero. El repaso es ligero, accesible y a menudo crítico. Una idea central es la fijación, tanto en España como en el extranjero, con la figura de Francisco Franco para explicar el presente. El dictador se habría convertido, explica Mendoza, en una especie de superhéroe que rige los destinos del país desde la tumba. El régimen —que compara con dictaduras como la de Trujillo— popularizó también estereotipos regionales; la tragedia es que muchos catalanes se creyeron “el remedo patético” que el franquismo había hecho de ellos.

Resume la historia de Cataluña y algunos de sus mitos. Señala la transformación industrial de la comunidad en el siglo XIX, apunta que los Decretos de Nueva Planta alentaron la participación catalana en las colonias americanas, describe la existencia de dos comunidades divididas, con la llegada de trabajadores de otras partes de España. Cataluña era una sociedad cerrada que recibía un fuerte flujo migratorio, lo que le inspiraba sentimientos simultáneos de inferioridad y superioridad. La lengua servía como barrera. Mendoza detecta una especie de autoodio en la burguesía que había protagonizado la revolución industrial, y señala las tensiones entre el campo y la ciudad: Barcelona, escribe, era un lugar maldito en el imaginario del nacionalismo; además “se ha ido haciendo cada vez más cosmopolita y las pequeñas ciudades se han ido cerrando paulatinamente en sí mismas”. El autor mantiene una distancia, pero su ironía es oportuna ante una atmósfera *kitsch* cuya falta de humor recuerda a veces el aforismo de Martin Amis: es una carencia que no señala su seriedad, sino que la impugna.

Savater define su obra como panfleto con bastante exactitud. Jordi Amat también dice que su obra *La*

*conjura de los irresponsables* lo es, pero la categoría no se ajusta tan bien. El volumen se parece más a una crónica periodística del *procés*, un ensayo de historia. En cierto modo es un epílogo de *El llarg procés*, su estudio del nacionalismo catalán.

Para Amat, el *procés* es “la asunción progresiva por la corriente principal de la ciudadanía de Cataluña de una mutación del catalanismo. Una mutación, reforzada por una movilización popular creciente, que al mismo tiempo que consolidaba una nueva idea de soberanía ha terminado agrietando, como difícilmente podía ser de otra manera, la arquitectura institucional española”. Se trata de “una evolución lógica de la naturaleza anfibia del pujolismo”. Defiende un origen multicausal, y no acepta, frente al cliché, que la sentencia del Estatut fuera el único motivo del *procés*. Elabora un relato interesante, sofisticado y bien escrito de una deriva irresponsable. Por un lado, un intento de reformar la Constitución por la puerta de atrás; la promesa de Zapatero de apoyar el Estatut que saliera del Parlament; el recurso del PP al Tribunal Constitucional; la sentencia de esta institución; la actuación ilegal y antidemocrática que sirvió para desacreditar al catalanismo, debilitar las instituciones autonómicas y crear la mayor crisis constitucional en décadas. La sociedad catalana también tuvo su papel en el desastre.

Es encomiable el intento de honestidad y ecuanimidad, desde una visión catalanista, de Jordi Amat, en un clima de tensiones y polarización. Contrasta con el papel deshonroso de muchos intelectuales y expertos que han contribuido a diseminar falsedades e impulsar el decisionismo del *procés*: el propio Amat podría contar muy bien esa historia. Su obra es una pieza sólida, llena de

observaciones y fuentes interesantes sobre esa mutación del nacionalismo catalán, con el entramado de asociaciones, los virajes tácticos para mantener la hegemonía, o el desarrollo de un ideario “ambiguo, populista y soberanista”, armado de un tejido de asociaciones, metodología gramsciana y un relato historicista sobre el sometimiento de Cataluña.

*La conjura de los irresponsables* es también discutible. Comienza con una observación de Pedrol Rius sobre una “grieta” de la arquitectura institucional española, que permite que el Tribunal Constitucional anule decisiones tomadas en referéndum. Esto, que propicia una “ruptura del vínculo entre la ciudadanía y el Tribunal Constitucional”, y conduce a una “degradación institucional”, ocurre también en Estados Unidos, donde el Tribunal Supremo anula leyes aprobadas en referéndum: un caso reciente es *Hollingsworth vs. Perry*, que cancelaba la prohibición del matrimonio homosexual. Para Amat, la sentencia del Estatut es la mayor irresponsabilidad de esta historia, aunque quizá otros podrían sugerir momentos peores. La parte que no pertenece a la “corriente mayoritaria” de la sociedad catalana no aparece apenas; algunos fenómenos se explican como una reacción a lo que se percibe como un neonacionalismo español amenazante: “El monstruo del 155 se ha despertado.” Amat, que evita la sentimentalización, común en el *procés*, cuenta que acabó votando el 1-0, conmovido por el uso de la fuerza por parte de la policía, antes de regresar a casa “oyendo el sonido permanente de un helicóptero como si fuera un cuchillo amenazador”. —

**DANIEL GASCÓN** es editor de *Letras Libres*. En 2013 publicó *Entresuelo* (Literatura Random House).